



GIRON Y CUENTA NUEVA

Se habla de no cambiar nada para que todo siga igual.

Seguimos siendo una democracia social con destino en lo vertical.

Después de la semana del rumor, tan bien acogida por el público en general y que tanto ha dado que hablar, la moderación ha vuelto a ser organizada, aunque la verdad es que no se había desorganizado en ningún momento, y al instante de informar reina buen tiempo en toda España, salvo el anticiclón de las Azores, que está ahí, como siempre, baluarte de la eterna conjura antiespañola.

Girón y cuenta nueva, es el lema que más ha utilizado la prensa nacional, incluso aquella a la que los Bancos han retirado su confianza y su crédito, que vienen a ser la misma cosa. La Bolsa ha subido artificialmente, según los sediciosos, pero la verdad es que el alza de la Bolsa es puramente patriótica y espontánea. Se habla de no cambiar nada para que todo siga igual, con lo cual desmentimos una vez más a las fuerzas de la insidia, que dicen que se trataba de cambiar algo para que todo siguiera igual. Parece que seguimos siendo una democracia social con destino en lo vertical, aunque también pudiéramos ser una democracia vertical con destino en lo social, que esto de las palabras es una trampa saducea que humilla al que la da y al que la recibe. Me parece que no podemos hablar más claro.

En cuanto a la subida de los sellos, que se ha interpretado por los eternos descontentos como un síntoma más de alarmante encarecimiento de la filatelia y de la vida misma, tenemos que decir que nuestras tarifas postales son las más bajas de Europa, aunque ello va en contra de nuestro natural triunfalismo. O sea que todavía podemos seguir subiéndola un rato. «Queremos practicar una política de puertas abiertas», ha dicho uno de los tomanetes de cargo, y acto seguido, para demostrarlo, abrió una puerta, que resultó ser giratoria. Democrática anécdota, llena de interés humano, por la cual vemos que aquí nada se para ni se cierra, aunque tampoco nada se abra ni se ponga en marcha. O sea, que aquí nada de nada. En cuanto a las bases americanas, hagamos rogativas para que se queden. Siempre son mejores que la CIA.

LORD



EL albañil Mamerto Fernández se cayó de un andamio y se mató, conforme a la tradición. Bien es cierto que pudo haber quedado flotando en el aire, pero no todos los días puede alterarse el orden de la naturaleza, y ni siquiera el orden propiamente dicho. Así, pues, el albañil Mamerto Fernández se mató dentro de un orden. Por razones misteriosas, tuvo suerte, después de todo. Aprovechando el viaje como dicen los taurinos, se hizo una campaña política utilizando al muerto. Se adornó su aburrida biografía, se dijo que había pasado mucha más hambre de la que realmente pasó y un funcionario llenó de piojos las cabezas de sus siete hijos para que los periodistas lo contasen en los periódicos. Cuarenta y ocho horas después de caerse del andamio y matarse en el acto, Mamerto Fernández era un hombre cé-



lebre. Difícilmente habría llegado a más, siendo albañil. Se le hicieron cuarenta y dos funerales de "corpore insepulto", lo que alarmó a las autoridades sanitarias. Su rostro, hábilmente romanceado, fue convertido en "poster", y los universitarios, la izquierda humana y divina, los adolescentes analfabetos y los profesores no numerarios, hicieron de Ma-

HISTORIA PARA NO MORIR

merto un héroe y un mártir. Hubo telegramas del Vaticano y Fidel Castro echó un discurso de cuatro horas y media. Los ultras no se quedaron atrás, y empezaron a decirle "don Mamerto". Los curas de Cuenca organizaron una misa en latín y el padre don Venancio Marcos habló desde un andamio, a cuarenta y cinco metros de altura. No se le

oyó nada, pero el efecto resultó demoledor. Prácticamente era la guerra. En una cosa estaban todos de acuerdo, y era la de enterrar cuanto antes a Mamerto, o don Mamerto. Las autoridades consideraron altamente político acercarse al féretro y declararse ambiguamente partidarias, pero, como es lógico, sin cogerse los dedos. La viuda de Mamerto, que en absoluto estaba desconsolada, dio una paliza a sus siete hijos para que llorasen y las autoridades vieran lo demacrados que estaban. En el último momento miró al cadáver, y vio que no llevaba corbata. Jamás la había llevado Mamerto. Supo en vida que nunca alcanzaría ese nivel. Su viuda le puso la corbata, y así Mamerto Fernández, albañil, se presentó correctamente ante el Gobierno. Hubiera sido catastrófico aparecer sin corbata. ■ LICANTROPO.